



EL ORGANILLO ENCANTADO.

En la ciudad de Guadalajara, un hombre como de cuarenta años daba lección de clavicordio á una niña de seis años, sentada, en razon de su pequeña estatura, en una silla atestada de papeles de música. Hallábanse al lado del organillo un muchacho de siete años, y otro sumamente pequeño, muy bonito, muy guapo, y que apenas contaría tres años. El profesor de aquellos tres niños, que tambien era su padre, se llamaba Genaro Melgarejo, y era conocido no solamente en Guadalajara, sino en todos los

I.
La familia de un artista.

A principios del mes de julio de 1630, en una modesta casa de la ciudad de Guadalajara, un hombre como de cuarenta años daba lección de clavicordio á una niña de seis años, sentada, en razon de su pequeña estatura, en una silla atestada de papeles de música. Hallábanse al lado del organillo un muchacho de siete años, y otro sumamente pequeño, muy bonito, muy guapo, y que apenas contaría tres años. El profesor de aquellos tres niños, que tambien era su padre, se llamaba Genaro Melgarejo, y era conocido no solamente en Guadalajara, sino en todos los

contornos como el organista mas hábil, sin ser por esto rico, pues lejos de ello sufría mil privaciones y escaseces.

Mientras Melgarejo, siempre sério y pensativo, procuraba desarrollar las disposiciones musicales de sus hijos, su esposa, mujer de unos veinte y ocho años, acababa de ponerse un vestido de seda, cuyo lujo cuadraba muy mal con el aspecto de la habitación.

La niña, que daba lección en aquel momento, hacia media hora que se hallaba al piano, cuando la campana de una iglesia inmediata dejó oír su voz, diciendo á los vecinos de Guadalajara que eran las diez.

—«Padre, dijo al momento saltando de la silla, ahora le toca á mi hermano Miguel.»

El organista sin decir una palabra sentó á Miguel al clavicordio, despues de quitar la mitad de la pila de papeles de música que habia sido necesario poner para que alcanzase Ramoncita.

Durante la media hora que duró la lección de Miguel, Isidoro y Ramona, sentados en cada una de las extremidades del clavicordio, se mecían en sus sillas, jugaban con las manos por debajo del instrumento, y tiraban besos á su madre, quien algunas veces se acercaba sin ruido á abrazarlos, encargándoles por señas que se estuviesen quietos y pusieran atención, á fin de que su padre no los regañára.

Luego que Miguel dió su lección, dijo Melgarejo á Ramoncita:

—«Traeme todos los cuadernos.»

Y esta obedeció, colocó en la silla cuantos papeles de música encontró á mano, y ayudó á Isidoro á subir al asiento que le habia formado para que sus manos pudiesen llegar al clavicordio.

Isidoro Melgarejo tenia entonces tres años y algunos meses, y ya hemos dicho que era el niño mas gracioso y mas bonito que se pudiese ver, de suerte que en toda la ciudad de Guadalajara ninguna madre era tan feliz ni se envanecia tanto como la esposa del organista, cuando adornada de sus mejores trages paseaba los domingos llevando de la mano á su hijo. Feliciano del Castillo, que así se llamaba, tenia una fisonomía viva y animada, y Ramoncita y Miguel no dejaban atrás á su madre; pero Isidoro era tan lindo, tan fresco y sonrosado, que cuantos le veían decían que era el amor ó un ángel, porque además de su hermoso rostro, sus formas delicadas y elegantes eran las de un serafín.

Respecto á su inteligencia era tal, que á los dos años y medio tocaba Isidoro algunas canciones fáciles en el clavicordio de su padre, quien transportado de gozo, cultivó sus disposiciones con infatigable ardor, dando tres lecciones todos los días á Isi-

doro, el cual no se hacia de rogar, y muchas veces él solo se encaramaba á la silla del clavicordio para estudiar sus lecciones. Así es que al cabo de seis meses sabia mucho mas que Ramona y Miguel, y era el consuelo de su padre, que pensaba mejorar de fortuna gracias á la precoz inteligencia que Dios habia dado á su hijo menor.

Hacia un rato que Isidoro daba leccion, y mientras tocaba con extraordinaria facilidad una danza que le habian enseñado el dia anterior, su madre se habia acercado al clavicordio, mirándole arrobada. Por su parte el organista se agitaba en su silla, y de vez en cuando alguna lágrima de alegría resbalaba por su rostro, frio y severo casi siempre.

—« ¡ Bien! muy bien! exclamó dando palmadas cuando Isidoro acabó de tocar; el diablo del chico de tal modo aprovecha mis lecciones que pronto no necesitará que le enseñe.»

Y despues de abrazar con ternura al niño, que saltaba sobre sus rodillas desbaratándole los bucles de la peluca, lo puso en brazos de su madre, diciéndole:

—« Feliciana, da la mejor torta que haya en casa á este chico, que hartó lo merece. Tienes un hijo que vale tanto comopesa.»

Entonces hubo un momento de recreo y de satisfaccion para toda la familia. El organista tarareaba la última contradanza, paseándose de arriba abajo; Isidoro devoraba la torta, despues de dar un buen pedazo á Ramona y otro á Miguel, y Feliciana solo pensaba en sus hermosos hijos. Pero luego que se calmó un poco la general alegría, dijo el organista á su mujer:

—« Feliciana, ¿ está cerrada la puerta de la calle? »

—« A las once del dia? respondió Feliciana. »

—« No importa, tenla siempre cerrada, y si alguno llama, me lo advertirás, y abriremos despues.»

Feliciana se levantó y obedeció á su marido.

—« Ahora venid conmigo, dijo á Isidoro, Ramona y Miguel, cogiéndolos de la mano. Os voy á enseñar el instrumento que estoy haciendo en secreto, y que tanto escita vuestra curiosidad.»

Los tres niños siguieron con gusto á su padre dando gritos como una bandada de pájaros. Luego que llegó á la puerta del gabinete que le servia de taller, y cuya llave siempre tenia en el bolsillo, el organista la abrió, y entró con ellos cerrando la puerta por dentro.

Allí permanecieron dos horas enteras, durante las cuales oyóse sin cesar una música deliciosa. Al fin se abrió la puerta del gabinete, y el organista salió llevando á Isidoro en brazos y diciendo:

—« Feliciana, dentro de tres dias salimos para Madrid. »

—« ¡ Bueno! pensó Feliciana; con eso veré á las grandes seño-

ras de la corte, y compraré ricos vestidos en las tiendas de la calle de la Montera!

—Y yo, dijo Miguel, que era algo dado á la poesia, podré oír á los cómicos del rey. ¡Qué felicidad!

En cuanto al organista, solo pensaba en aquel momento en los medios de atraer mas pronto á sus bolsillos los escudos de oro y plata de los madrileños.

El dia señalado la familia del artista se despidió de su ciudad natal, encaminándose hácia Madrid, á donde gracias á los malos caminos y á los perversos medios de comunicacion de aquellos tiempos, llegó á los tres dias de haber salido de Guadalajara.

II.

La feria de Alcalá.

Poco tiempo despues la ciudad de Alcalá de Henares se habia atestado de forasteros, y sobre todo de elegantes madrileños que habian acudido á la feria en busca de distracciones. La feria de Alcalá era en aquellos tiempos muy concurrida, y no habia en quince leguas á la redonda un caballero y una dama, un comerciante y un artesano que no fuesen todos los años á espaciar el ánimo ó á traficar con sus géneros.

Multitud de juglares, de *saltimbanquis* y de titiriteros habian formado barracas, donde lucian su habilidad, sacando el dinero á los curiosos, que siempre son muchos. Pero entre todas las barracas sobresalia una por un gran cartel que tenia en la puerta concebido de este modo:

PRODIGIO NUNCA VISTO,

OCTAVA MARAVILLA,

ORGANILLO ENCANTADO

DEL SEÑOR GENARO MELGAREJO.

Sin embargo de este pomposo anuncio, el organillo estaba muy lejos de hacer suerte; y el organista de Guadalajara, afligido en gran manera, dijo á su mujer, que se lamentaba al ver desvanecidas todas sus ilusiones:

—Escucha, Feliciana, ¿sabes por qué apenas sacamos para mantenernos? porque no tenemos, como esos juglares que estan ahí cerca, un tambor para llamar la gente. ¡Diablo de madrileños! ¡malditos cortesanos! ¡porque no hacemos ruido pasan por delante de nuestra barraca sin pararse siquiera!... Pero tengo un medio de atraerlos, y esto depende de tí... —¿Cómo? dijo Feliciana.

—O mas bien, prosiguió el organista, cogiendo de la mano á su mujer, esto depende de esta sortija: préstamela, y te prometo darte por ella dentro de ocho dias un diamante circundado de esmeraldas y rubies.

—Puesto que no hay otro remedio, toma la sortija; pero dentro de ocho dias me comprarás un diamante cercado de esmeraldas y rubies.

—¡Bueno! ¡bueno! respondió Melgarejo, y salió de la barraca diciendo: «ah, señores cortesanos! ¿no quereis ruido, como el que hacen esos italianos, franceses ó hijos de sataná?.... pues yo os daré música.»

Y en efecto, al dia siguiente colocó á la puerta de la barraca seis tambores, cuatro trompetas y un cuerno de asta de venado, cuyos instrumentos, tocados por hombres bien pagados, gracias al producto de la sortija, causaban tal estrépito que era necesario taparse los oidos, ó echar á correr como alma que lleva el diablo. No obstante, poco á poco fué llenándose de gente la barraca, y es necesario que nosotros sigamos á la multitud; acomodándonos lo mejor que podamos.

La barraca podia contener doscientas personas; y á la entrada recibia los billetes la esposa de Melgarejo, adornada con sus mejores trages. Frente á la puerta, y allá en el fondo, habia una cortina blanca, que sin duda ocultaba el organillo á los ojos de los espectadores.

Luego que la orquesta exterior hubo interrumpido su música infernal, recorrióse la cortina, y aparecieron Melgarejo de pie, y Ramona y su hermano Miguel sentados delante de un organillo de dos registros ó teclas.

Los niños cantaron un dúo, que fué acogido con frialdad, y entonces Melgarejo con voz llena de importancia y un tanto profética, pronunció esta palabra ininteligible: *Alamáné!* á cuya palabra mágica el organillo encantado repitió con la mayor exactitud y desde el principio hasta el fin el dúo que acababan de cantar Ramoncita y Miguel.

—En verdad que esto es raro y singular, decian algunos inteligentes, parece un eco, pero un eco perfecto. Son las mismas melodías compás por compás, nota por nota, y sin embargo el diabólico instrumento las dice con mas sentimiento y expresion que los dos chicos.

—«Bien! bien!» gritaron los espectadores; y entonces Melgarejo dió vueltas con ayuda de una maniqueta y al parecer haciendo gran esfuerzo á una rueda dentada, cuyo mecanismo causó uno de esos ruidos agudos y rechinantes que tanto excitan los nervios.

—Basta! basta!» gritaron algunas mujeres tapándose los oidos, mientras mas de un niño, sobrecogido de terror, se colgaba al cuello de una madre ó de una hermana.

Miguel y Ramona ejecutaron en seguida un duo, despues del cual Melgarejo pronunció con la misma gravedad que la vez primera una palabra extraña, que inmediatamente fué seguida de los mismos resultados.

—«No mas duos! no mas duos!» gritaron varias personas, y Melgarejo dirigiéndose á un sargento de rostro feroz le dijo:

—¿Quereis, señor militar, designar alguna cancion ó tocata?

—Si la honrada compañía lo aprueba, dijo el sargento volviéndose hácia las señoras, que el organillo toque la *gavota francesa*.

—«Sí, sí, la gavota francesa,» repitieron de todas partes, porque esta gavota se habia hecho popular en España gracias á la alegría que causaba su música entusiasta y graciosa.

El organista se acercó al organillo, y pronunció estas palabras con voz solemne: *Mola, Fere Papi*. Al momento el organillo se puso á tocar la gavota, y á medida que sus bellas melodías se hacian mas perceptibles, la sorpresa y el placer se pintaban en todos los semblantes: los niños bailaban en sus asientos, y todas las cabezas se movian marcando la cadencia de un modo cada vez mas pronunciado.

Cuando el organillo hubo callado, el entusiasmo no tuvo límites, y mil aplausos resonaron en la barraca.

—Señores, dijo el organista, pedid otra tocata mas conocida pero mas antigua, y vereis como el organillo la ejecuta al momento.

—El *Amor sin esperanza*, dijo una jóven no mal parecida.

Despues de las ceremonias practicadas para la gavota, el instrumento encantado tocó el *Amor sin esperanza*, encantadora melodía, en tono melancólico y tierno.

—«Viva el Sr. Melgarejo!» gritaron todos á la vez, mientras que algunas mujeres se decian en voz baja:

—«De seguro es hechicero. ¿No es verdad que tiene un aire extraño?... Y sus niños que son tan bonitos!...»

Pero el organista Miguel y Romana cortaron los aplausos y las murmuraciones, saludando al público con gravedad, como lo habian hecho al principio, y corriendo la cortina para empezar la funcion un cuarto de hora despues.

III.

La Familia real.

La feria de Alcalá habia producido á Genaro Melgarejo una gran suma, y, como es de suponer, su esposa recibió el diamante que el organista la habia ofrecido. De vuelta á Madrid alquilaron una bonita casa, y mientras que Feliciano recorria las

magníficas tiendas de la calle de la Montera comprando telas finas de seda y de raso; mientras Miguel procuraba adquirir conocimiento con cómicos y autores, y Romana é Isidoro pasaban todo el día en continuas distracciones, Melgarejo pensaba en los medios de aumentar su fortuna, cuando un lacayo que llevaba la librea real, se presentó en su casa entregándole una carta concebida en estos términos:

«Informado S. M. el rey de que el Sr. Genaro Melgarejo tiene un organillo encantado, ha manifestado deseos de que S. M. la reina y SS. AA. RR. los principes y princesas de la sangre oigan el mencionado instrumento; por lo cual se invita al señor Melgarejo á que el domingo 15 de octubre concurra á palacio con su organillo.

»El gentil-hombre de cámara de S. M.

BENAVENTE.»

—Felician! Felician! exclamó Melgarejo entrando en el aposento de su mujer con la carta en la mano: nuestra suerte está asegurada: el rey quiere oír el organillo encantado! Ah! qué buen rey!

—Y á mí no me llama! dijo con tristeza la esposa del organista, despues de recorrer con la vista el despacho.

—No tengas cuidado, que yo te presentaré en la córte algun día, dijo Melgarejo, que ya se creía primer ministro de capilla de Felipe IV.

Yacía España en aquel tiempo entregada á un mortal letargo, y la córte solo pensaba en fiestas, bailes y diversiones, mientras los Países-Bajos eran teatro de una lucha encarnizada, en que se disputaba la posesion de la Vattelina.

Todo esto lo sabía muy bien Melgarejo; pero qué le importaba á él que la monarquía se desplomase, cuando sin duda alguna iba á ser feliz y poderoso? Así es que al día siguiente á las dos de la tarde se habia instalado con su organillo en uno de los vastos salones del Buen Retiro, donde esperaba con impaciencia á que S. M. tuviese á bien salir á ver el instrumento. Al fin las puertas de la cámara se abrieron de un golpe, y un ujier anunció en voz alta: «el rey!»

Detrás de Felipe IV iban la reina, las princesas, el conde-duque de Olivares, los altos dignatarios, los gentiles-hombres y las camaristas que estaban de servicio, así como una multitud de cortesanos. Cuando el organista se vió en presencia de aquella reunion, perdió su natural confianza, y tuvo miedo de ser arrojado vergonzosamente del palacio; pero el rey acaba de hacerle una seña para que comenzase, y era preciso abedecer.

Lo primero que ejecutaron Miguel y Ramona fué una marcha militar, y cuando hubieron acabado, el organillo repitió la marcha con mucha precision y entusiasmo.

—«Muy bien, dijo el rey á Melgarejo; no podría tocar ahora alguna cancion tierna y graciosa? Sin duda gustará mas á la reina y á estas damas que los cantos bélicos.»

Melgarejo se inclinó en señal de obediencia, y se acercó á Ramona y Miguel, á los cuales dijo algunas palabras al oído, y los dos niños cantaron el famoso duo de la *Encantadora*, que en seguida fué repetido por el instrumento con admirable expresion.

—Melgarejo, dijo el rey despues del duo, el organillo merece el nombre que lleva, y doy cincuenta escudos á su inventor.

—¿Es verdad, preguntó la reina, que el organillo repite las canciones que se le piden, y hasta las que oye por la vez primera, si no son de dificil melodía?

—En efecto, señora, dijo Melgarejo.

—En este caso, saltó el rey dirigiéndose á la dama, preguntad al organillo encantado, y veremos como responde.

—Podría tocar el himno de *Viva Felipe IV*, dijo con aturdimiento la jóven y hermosa duquesa de Mantua.

—Sea! contestó el rey haciendo una seña á Melgarejo.

—Organillo, dijo este entonces en voz alta, S. M. quiere que toques *Viva Felipe IV*.

Y el organillo obedeció.

—Brandi, dijo el rey al maestro de capilla, no podrias cantar alguna arieta que nadie hubiese oido todavia? Tenemos curiosidad de ver si la octava maravilla la repite.»

Al oír esto, la atencion de los espectadores fué muy grande, y todas las miradas se dirigian á Brandi y á Melgarejo, el cual esperaba con cierta inquietud el resultado de la prueba final.

El maestro cantó una corta melodía, y el organillo toco sin errar una nota la melodía improvisada de Brandi.

—Sr. Melgarejo, dijo entonces el rey, el organillo es obra del diablo; pero no importa, doblo la suma de los cincuenta escudos.» Y todos aplaudieron con entusiasmo, diciendo que el instrumento era una invención prodigiosa, nunca vista, sobrenatural.

Viendo el mecánico que las princesas se disponian á pedir nuevas piezas, dió vuelta á la maniqueta de que ya hemos hablado, y al ruido que hizo todas las damas se taparon los oídos, y la reina, á quien habia incomodado mucho aquel estridor, manifestó deseos de ver el organillo por dentro.

—«Basta de música, dijo el rey; Genaro, abre el instrumento, que queremos ver de donde sale un ruido tan espantoso.»

Y como Melgarejo, mudo de espanto, no se apresurase á obedecer, le dijo el rey:

—¿No has oido?

—Señor respondió el artista mas y mas asustado, temo que si hago conocer mi secreto.....

—No hay secretos para el rey de España, dijo el conde-duque de Olivares con un tono que el organista empezó a temblar como hoja sacudida por el viento.

—¿No traes la llave? preguntó el rey.

—¿La llave? Señor.... me.... me la he dejado en casa.

El rey hizo una seña á un gentil-hombre, y un momento despues entró un lacayo con las herramientas necesarias para abrir el organillo. Todos los espectadores se acercaron al instrumento, y Melgarejo mas muerto que vivo, notando que no le observaban, se escurrió del salón, mientras el lacayo quitaba la cerradura.

Al fin cedió la tapa del instrumento, y en vez de un diablo negro, de frente acarnerada, de dedos en forma de gancho y de pies de cabra, ¿qué creéis, amables lectores, había dentro del organillo? Un niño pequeñito sentado delante de un clavicordio, construido en medio del organillo, pero el niño mas mono y mas bonito que podía forjar en su imaginacion la dama mas encoquetada.

—No es un demonio sino un ángel, dijo la reina, cogiendo á Isidoro de la mano, y sentándolo en sus rodillas. Pero que pálido se pone! que traigan un frasquito de esencia! pobre niño! tenerlo encerrado tanto tiempo.... y luego esos martillazos han debido asustarle.... Ya vuelve en sí!.... Mirad qué bonito es!

—Y qué formas tan delicadas! añadió la Sra. de Alcañiz.

—Cuánto me gustaría tener un retrato de este niño! dijo la reina, dirigiéndose al pintor de cámara.

—Señora, contestó éste, el modelo es tan perfecto, que solo puedo prometer á V. M. que pondré los medios para que el retrato sea digno de colocarse en el régio aposento.

—¿Dónde está el inventor? dijo el rey, celebrando la aventura: qué lo busquen y lo traigan aquí al momento.»

Melgarejo se había refugiado á una oscura galería, y allí lamentaba su suerte con palabras ininteligibles, cuando se le acercó un gentil-hombre, diciéndole con voz grave:

—S. M. os ordena que comparezáis ante él sin la menor tardanza.»

El prestigio que rodeaba al trono en aquella época era tan grande, el temor de desagradar al rey preocupaba hasta tal punto á los que se acercaban á su sagrada persona, que Melgarejo oyó las palabras del gentil-hombre, como si le hubiesen anunciado de pronto que acababa de llegar su última hora, y mudo y resignado siguió al palaciego.

Mientras esto pasaba, la reina decía á Isidoro con cariño:

—¿Cómo te llamas?

—«Isidoro», respondió el niño, paseando por la sala sus grandes ojos azules.

La reina le tomó de la mano, y sentándole al clavicordio, lo abrazó afectuosamente, diciéndole que tocase lo que quisiera. Sea por casualidad, sea por instinto, Isidoro volvió á tocar el himno de *Viva Felipe IV*, y cuando acabó, el rey, cuya fisonomía revelaba sumo placer, tiró su bolsa sobre el tapiz á algunos pasos del niño. Al momento la reina, los príncipes, todas las damas y todos los cortesanos siguieron el ejemplo del monarca, cubriendo el tapiz de una multitud de sortijas, joyas y monedas de oro.

En aquel instante entró el organista precedido del gentil-hombre y pálido como la muerte.

—«Acércate, dijo el rey, y mira lo que te hubiera costado no descubrir tu secreto.

—Será posible, dijo Melgarejo doblando una rodilla, que V. M. se digne perdonarme?

—Gracias á ese chico, que parece un serafín.»

Isidoro se arrojó al cuello de su padre lo mismo que Ramoncita y Miguel, y despues de abrazar á los tres con efusion, el artista recojió las monedas, las joyas y los anillos, abandonando el Buen Retiro.

—Felicianana, gritó al ver á su esposa, qué rey tan bueno! si supieras cómo me ha recibido! traigo diez mil escudos en joyas y dinero. Qué rey tan generoso! ya te presentaré á él.»

Isidoro fué llamado á palacio una porción de veces, haciendo entrar en la gabeta de su padre cien mil escudos de capital. En cuanto á la Sra. Felicianana nunca tuvo la satisfaccion de ser presentada al rey.

MODELO PARA LOS ESTUDIANTES.

San Basilio y San Gregorio de Nacienceno, de familias nobilísimas, nacieron casi al mismo tiempo, y su nacimiento fué el fruto de las oraciones y la piedad de su madre, que desde aquel momento los ofrecieron á Dios, habiendo la de San Gregorio santificado á su hijo, haciéndole tocar con las manos los sagrados libros.

El uno y el otro niño tenían cuanto podia hacerlos amable: hermosura, talento, carácter dulce y elegancia en sus maneras.

Su educacion correspondió á lo que se debía esperar de unas familias, cuya piedad era hereditaria y doméstica, por decirlo así, y cuyos miembros todos, padres, madres, hermanos, hermanas y abuelos por uno y otro costado, eran santos y santas muy ilustres.

El buen natural que Dios les había concedido fué cultivado con todo el esmero posible; y despues de los estudios domésticos, se les envió separadamente á las ciudades de la Grecia que sobresalian mas en las ciencias, donde tomaron lecciones de los maestros mas hábiles.

Ultimamente se juntaron en Atenas, que si era el teatro de las bellas letras y la erudicion, fué tambien la cuna de la amistad famosa de nuestros santos, ó al menos sirvió mucho para estrechar los lazos mas y mas, para lo cual dió ocasion una aventura asaz extraordinaria. Habia en Atenas una costumbre muy rara con respecto á los estudiantes recién llegados de las diferentes provincias, á saber: se les introducía en una reunion numerosa de jóvenes, y allí se les hacia sufrir una lluvia de mil chanzonetas, mil burlas y mil insolencias, despues de lo cual se les conducía con grande aparato á los baños publicos, por medio de la ciudad, escoltados y precedidos por todos los jóvenes que marchaban de dos en dos. Llegados á los baños, la tropa se detenía, y lanzando agudos gritos hacia ademan de querer forzar las puertas, como si no quisieran abrirlas, recobrando su libertad el recién llegado en el momento que se le admitía en el local. Gregorio, que había llegado primero á Atenas, y que sabia cuán opuesto era á aquella ridicula ceremonia el carácter grave y sério de Basilio, tuvo bastante crédito entre sus camaradas para hacer que quedase exceptuado «lo que dice S. Gregorio de Nazianceno en la admirable relacion que él mismo hace de aquella aventura, comenzó á encender en nosotros la llama que jamás se apagó, y que penetró en nuestros corazones para no salir de ellos nunca.»

Estas relaciones se aumentaron mas y mas, sobre todo cuando los dos amigos, que nada se ocultaban, conocieron que ambos tenían el mismo objeto, y buscaban el mismo tesoro, esto es, el saber y la virtud. Así es que vivían bajo un mismo techo, comían en una misma mesa, hacían los mismos ejercicios, se divertían juntos, y solo eran, hablando con propiedad, una misma alma.

Los dos santos, queridos niños, brillaron siempre entre sus discípulos por la vivacidad de su ingenio, por su constancia en el trabajo, por los premios extraordinarios que alcanzaron en todos sus estudios, por la facilidad y prontitud con que aprendieron todas las ciencias que se enseñaban en Atenas, bellas letras, poesía, elocuencia y filosofía; pero se distinguieron aun mas por la inocencia de sus costumbres, alarmadas á la vista del menor peligro, y temiendo hasta la sombra del mal. Un sueño que fuyó San Gregorio en su mas tierna edad, y del cual nos ha dejado una elegante descripción en verso, contribuyó en mucho á inspirarle tan buenos sentimientos. Mientras dormía

creyó ver a dos vírgenes, de la misma edad y de igual belleza, vestidas modestamente, y sin ninguno de los adornos que tanto ansian las personas del siglo: fijos los ojos en tierra, y cubierto el rostro con un velo, se entreveía el carmin que en sus mejillas esparcía el pudor virginal. «Su vista me llenó de alegría, porque revelaban un origen divino; y viendo que me abrazaban acariciándome como á un niño á quien amasen con ternura, les pregunté quiénes eran, y me dijeron la una que era la Pureza, y la otra la Continencia, ambas compañeras de Jesucristo y amigas de los que renuncian al matrimonio para seguir una vida celestial. En seguida remontaron el vuelo, y mis ojos las siguieron hasta que las perdí de vista.»

Todo esto era un sueño, pero que hizo gran efecto en su corazón: así es que jamás olvidó aquella imagen tan agradable de la castidad, que, como él mismo dice, fué una chispa que inflamándose mas y mas lo abrasó de amor hacia una castidad perfecta.

Y en verdad que tanto él como Basilio necesitaban semejante virtud para sostenerse en medio de los peligros de Atenas, la ciudad mas peligrosa del mundo respecto á las costumbres, á causa de la concurrencia extraordinaria de jóvenes que de todas partes se dirigia á ella, y cada uno de los cuales llevaba sus vicios. «Pero, dice San Gregorio, tuvimos la dicha de experimentar en una ciudad tan corrompida algo parecido á lo que cuentan los poetas de un rio que conserva la dulzura de sus aguas en medio del amargor de las de la mar, y de un animal que subsiste en el fuego. No teníamos el menor trato con los malos, y solo conocíamos en Atenas dos caminos: el uno que nos conducia á la iglesia y á casa de los santos doctores que nos enseñaban, y el otro á las escuelas y al domicilio de los maestros de literatura: respecto á los que conducian á las fiestas mundanas, á los espectáculos, á las asambleas y á los festines, los ignorábamos absolutamente.»

Parece que unos jóvenes de semejante carácter, que se apartaban de toda sociedad, que no tomaban parte alguna en las diversiones y en los placeres de los de su edad, cuya vida pura é inocente era una censura continua del desarreglo de los otros, debian llamar la atencion de sus camaradas, siendo el objeto de su odio, ó al menos de su desprecio y sus burlas. Sin embargo, sucedió todo lo contrario, circunstancia que es altamente gloriosa á la memoria de los dos ilustres amigos, y que les hace tanto honor como la misma piedad, porque era preciso que su virtud fuese muy pura, y su conducta bien sabia y circunspecta, para haber sabido, no solo evitar la envidia y el odio, sino grangearse la estimacion, el amor y el respeto de todos sus discípulos.

Y esto se demostró de un modo bien palpable, cuando se supo que pensaban dejar á Atenas para volver á su patria. El dolor fué universal, los gritos y las quejas resonaron por todas partes, y corrieron lágrimas de todos los ojos, despidiendo en tropel á la honra de la ciudad, que así los llamaban, y la gloria de sus escuelas.

HISTORIA SAGRADA.

(CONTINUACION DE LA HISTORIA DE SAUL.)

IV.

ABIGAIL.—SAUL RECONOCE LA INOCENCIA DE DAVID.

Habia en aquella época en el desierto de Maon un hombre llamado Nabal, y cuyas propiedades estaban situadas sobre el monte Carmelo. Era rudo, brutal y perverso, al paso que Abigail, su esposa, era afable, buena y cariñosa.

Aquel hombre poseía grandes riquezas, y entre otras mil ovejas y mil cabras. Cuando llegó la estación oportuna, mandó sus ovejas al monte Carmelo para que las esquilasen, y David, que le había prestado servicios de importancia protegiéndole contra las devastaciones de los bandidos y las alimañas, le envió diez jóvenes para que le diesen algunos vellones de sus ovejas.

Nabal los despidió con dureza, diciendo ignoraba lo que su amo hubiese hecho por él.

Cuando David supo semejante ingratitude, resolvió castigar á Nabal, y dejando doseientos hombres para custodia de su equipage, marchó contra él á la cabeza de cuatrocientos guerreros.

Uno de los criados de Nabal, que habia visto el modo con que su ama trató á los enviados de David, se presentó á su ama Abigail, cuya justicia y generosidad conocia, y la dijo:

—«David acaba de enviar á mi amo algunos de los suyos; pero los ha despedido con rudeza. Durante todo el tiempo que hemos permanecido con ellos en el desierto, nada nos ha faltado de lo que nos pertenecía, y además velaban por nosotros, protegiéndonos de noche y de día. Ved, pues, lo que debeis hacer para aplacar la justa cólera de David.»

Abigail se proveyó inmediatamente de doscientos panes, dos cántaros llenos de vino, cinco carneros cocidos, quinientos almudes de harina de cebada, quinientas cajas de pasas y doscientas de higos.

Colocó todo esto en burros, y partió sin decir una palabra á su marido.

David se dirigia al monte Carmelo con sus tropas, y hablando de Nabal decia:

—«Puesto que este hombre me devuelve el mal por el bien, recibirá el debido castigo. Mañana ni hombres, ni bestias, ni nada de lo que le pertenece existirá.»

Apenas habia dicho estas palabras vió á una mujer jóven y hermosa que se dirigia hacia él. Era Abigail.

Cuando estuvo á algunos pasos se bajó de su borrico, y se prosternó ante David, diciéndole:

—«Señor, olvidad la injusticia de Nabal, porque es un insensato, y su mismo nombre indica su locura. En cuanto á mí, no he visto á vuestros enviados. Concededme el perdon que vengo á pedirós de rodillas, y no derrameis la sangre humana por un crimen que yo expio mas que nadie.

—«¡Gloria al Dios de Israel que os envia á mí. Bendita seais, porque me impedís derramar sangre, vengándome por mi propia mano. Idos en paz á vuestra casa, pues cedo á vuestras súplicas, y nada quiero hacer contra vos.»

Cuando Abigail volvió á casa de Nabal le halló en un gran festin, y habia bebido tanto que estaba borracho.

(Se continuará.)

EL PAVO REAL Y EL RUISEÑOR.

Fábula.

«Cultiva tu entendimiento;
«Estudia, Amalia querida,
«Porque al fin
«Es la hermosa sin talento
«Pobre flor descolorida
«De un jardín.»

Una madre cariñosa
 Esto mismo repetía
 Veces cien,
 Mas la hija perezosa
 A su buena madre oía
 Con desden.

Ufana con su hermosura,
 Tan alegre hoy saltaba
 Como ayer,
 Y en el agua clara y pura
 De los lagos se miraba
 Con placer.

De la niña favorito
 Era un gallardo y brillante
 Pavo real;
 Que por lo manso y bonito
 Amalia sacó triunfante
 Del corral.

Una tarde que cansada
 A la margen de una fuente
 Se sentó,
 Del pavo al ver la azulada
 Cola y su cuello esplendente,
 Exclamó:

«Echate, hermoso, á mi lado,
 «Porque te quiere tu ama
 Con pasion...
 «Calla! pues no está posado
 «Un pajarillo en la rama
 «De un lloron?....

«Ay! pavito, qué plumage!
 «Qué patas y qué cabeza!
 «Qué feo es!....
 «Y se mece entre el ramage!....
 «Ahora salta con presteza.....
 «No lo ves?....

En efecto, iba saltando
 De rama en rama el canoro
 Ruisëñor,
 Y así subiendo y bajando
 Fué á gozar de un sicomoro
 El frescor.

Luego en las hojas perdido,
 Comienza con voz subida

A cantar,
Y Amalia aplicó el oído,
Escuchando embebecida
Su trinar.

«Qué torrente de armonía!....
«Dijo Amalia con dulzura.....
«Será él?....»
Y sus ojos dirigía
A la florida espesura
Del vergel.

El pavo no muy contento
A la niña caprichosa
Se acercó.
Y por lucir su talento,
Su voz ruda, estrepitosa,
Oír dejó.

Asustada la avecilla,
Del bosque en lo mas espeso
A undirse va,
Y Amalia con su sombrilla
De furor en un acceso
Al pavo da.

Mas su madre la contiene
Exclamando: «Amalita,
«Ven aquí.
«Aquel que hermosa tiene
«De nada mas necesita.....
«No es así?....»

«Si al pavo castigar quieres,
«Por su ninguna o muy poca
«Habilidad,
«Es preciso consideres
«Que así condenas tu loca
«Vanidad.

«De esa avecilla armoniosa
«No olvides, niña, un momento
«La lección.
«Pues nada vale la hermosa
«Como no tenga talento
«E instrucción.»

J. M. TENORIO.